

TITULO: *Cuando leer es golpe de llama en el cerebro y legado de alas en el corazón. Lectura en tiempos de pandemia*

AUTOR: Juan Ramón Montaña Calcines¹

PAIS: Cuba

«...cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu...»²

Cuando un ser querido se nos va, una estrella nueva reluce en el cielo, y todos los recuerdos se nos agolpan y se hacen uno solo: largo, dilatado, espeso, pegajosamente adherido a la memoria como para detener en ella aquello que fue y que ya no es. Así se atesora en mi mente ese recuerdo y cada vez se hace más nítido en estos largos meses de pandemia, de tiempo detenido, de días que se suceden monótonamente iguales. Y dedicado a la lectura, desde los muchos rumores que ella me provoca en la memoria vivo plenamente el calor bochornoso del mediodía cubano y recupero nítidamente la imagen del patio de mi casa de niño, con el cerezo en frutos y flor, la batea rebosante de agua clara para que sirviera de refrescante alivio al calor de nuestros cuerpos infantiles (el mío y el de mi hermano mellizo); y la voz, la dulce voz de mi madre y de mi abuela que nos leían y nos contaban historias. Cada palabra caía como soplo fresco con cada jarro de agua que nos inundaba desde la cabeza hasta los pies; y con ella se anegaba el alma de la dulce cadencia que acompaña a la oralidad.

*¡Oh palabra, palabra!
¡Impecable palabra!
¡Sonora y dulce,
Acariciante palabra!
¡No duermes, aguijoneas!
¡Eres abeja de oro en picada!
¡Gozosa amiga,
cuando eres viajera y náufrega!*

Y quizás sin saberlo conscientemente –o a expensas de un saber intuitivo y tácito–, mi madre y mi abuela, rememoraban con aquellos rituales de agua y palabras, el tiempo en que los hombres creían en el valor divino de la palabra, capaz de crear y de ligar mundos, de atravesar océanos y galaxias y de poner cimiento a las verdades. Ellas –mi madre y mi abuela– sin saberlo, actuaban como los indios cunas del Panamá: nos daban baños de narratoterapia, o mejor todavía, para ser más precisos, de lirioterapia.

¹ **Juan Ramón Montaña Calcines** ostenta los títulos de: Licenciado en Educación, especialidad Español y Literatura, Máster en Didáctica del Español y la Literatura y Doctor en Ciencias Pedagógicas, así como también la categoría docente principal de Profesor Titular por la Universidad de Ciencias Pedagógicas *Enrique José Varona* de La Habana. Durante más de diez años se desempeñó como asesor nacional de Español y Literatura en el Ministerio de Educación y actualmente es Asesor Técnico Docente de la Dirección de Formación de Profesionales de Pregrado del Ministerio de Educación Superior, Organismo de la Administración Central del Estado.

² José Martí en «El poema del Niágara», en **Martí en la Universidad IV**. Selección y prólogo de Cintio Vitier. Editorial Félix Varela., La Habana, 1997. P. 171.

Así, desde muy pequeño, iba aprendiendo que es la palabra –y sobre todo la palabra poética– la que canta, la que danza ante nuestros ojos y la que llega para acariciar nuestros oídos. Así, aprendía como sin querer –y sin quererlo ellas mismas también– que las palabras de las que se hace la poesía son eso: palabras que brillan como piedrecillas preciosas; palabras saltarinas y danzantes como aleteo de mariposas multicolores o como peces platinados o como colibríes tornasolados, iridiscentes, sostenidos en el aire por el palpito de su detenido y nervioso vuelo; palabras que un buen día llegan y nos cautivan y anidan y se adueñan de nosotros, de nuestros corazones; y suenan y resuenan; y se quedan y también se van.

“*¡Todo está en las palabras!*” –ha dicho el gran poeta de América y del mundo, el chileno universal Pablo Neruda. Y en efecto, la palabra poética es conjuro, es poder evocador, es palabra puente que nos acerca a la vida para hacérsela más bella y más buena. Por eso, nuestro José Martí, la mentalidad más lúcida, la sensibilidad más acendrada del siglo XIX cubano, nos decía en el lejano año 1887, en su ensayo sobre el poeta norteamericano Walt Whitman:

«¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? (...) La poesía que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues esta le proporciona el modo de subsistir, mientras que aquella les da el deseo y la fuerza de la vida...»³

¡Todo está en las palabras!, porque también la palabra poética bellamente dicha llega más fácil y cala más hondo en la mente y en el corazón de los hombres, y se convierte en memoria fundadora y fundante que nos permite tocar el alma de los pueblos.

Y de esa palabra y de su lectura pública, compartida y repartida, que se filtra en nuestras almas y nos prepara para el cambio, todavía quedan huellas en mis oídos, en mi mente y en mi corazón, renovadas por el recuerdo que se adueña de nosotros en estos detenidos meses de obligado confinamiento por la situación epidemiológica que vive el país y el mundo; y que me obliga a releer la vida y sobre todo a leernos y releernos a nosotros mismos.

Recuerdo entonces que a lo largo y ancho de esta isla mía –Isla de islas en el fiel de América– gran parte del pueblo vivió en la pasión de la palabra, en el palpito de la lectura compartida y repartida en su vivificante oralidad. Todavía puedo rescatar en mis oídos el eco de los coros y de la música cubanísima; y a creyentes y no creyentes, vibrando con la palabra bíblica y la música coral que acompañaron los rituales religiosos de las misas oficiadas en tres ocasiones distintas por tres Santos Padres, quienes dejaron una profunda huella en sus breves pero intensos pasos por esta isla mía del ardiente Caribe. Se unían en mí y en mi pueblo dos pasiones: la de la palabra y su valor casi mágico, y la de la lectura oral,

³ José Martí. «*El poeta Walt Whitman*», en **Martí en la Universidad. IV**. Selección y prólogo de Cintio Vitier. Editorial Félix Varela. La Habana, 1997. P. 187.

generosamente repartida entre todos; dos pasiones que creo firmemente yo deben servir para alimentar y fortalecer el espíritu, para crecer moralmente, para prepararnos para los cambios que nos depara la vida.

Así, cuando hago una relectura de mi vida y en particular de este tiempo de reclusión, de confinamiento obligado por la situación epidemiológica que vivimos en el país, compruebo sin temor a equivocarme que primero en mis niñeces y después en mi adultez, se ha ido forjando el disfrute de la palabra y el amor por la lectura. Se me agolpan entonces los recuerdos que son lecturas de mí mismo, de todos estos años vividos, y con ellos llega la voz de mi madre, la de mi abuela, la de mis maestros y la mía propia, regalando palabras que son como bálsamo para las tardes-noches del bochornoso calor de mi isla. Y me vienen a la mente una y otra vez estas preguntas: **¿Qué razones tiene este maestro y los cubanos todos para continuar leyendo en este ya galopante siglo XXI? ¿Qué ha sido la lectura en estos tan largos meses de confinamiento obligado por la epidemia de la Covid-19?**

Y para responderlas debo bucear en mí mismo y en acto reflexivo reconocer que nací un 31 de agosto de 1958 y crecí bajo un lema, bajo unas palabras que pronunciara Fidel cuando aseveró en discurso memorable: *“No le decimos al pueblo cree; le decimos, lee”*. Y en efecto, a lo largo de los años he comprobado más de una vez que el pueblo cubano es en general un pueblo de lectores, aunque esta afirmación mía necesite sus matizaciones y haya que decir que a partir de la década del noventa del pasado siglo el volumen y la intensidad de lecturas decreció en una buena parte de la población cubana, dada la crítica situación económica y sociocultural que se vivió en el país; sin embargo, cada febrero Cuba se convierte en una isla de libros, y al encuentro de ellos van cientos de niños, adolescentes, jóvenes, personas adultas, padres y abuelos. Porque en cada febrero, con la Feria Internacional del Libro en La Habana y en toda la isla, y con las disímiles acciones que durante todo el año se ejecutan: las lecturas de verano, las lecturas frente al mar, los Festivales Universitarios del Libro y la Lectura, Cuba apuesta por aquella máxima que también fue alma de la Campaña de Alfabetización: *leer para crear; leer para crecer; leer para saber; leer para ser cada vez más libres*. Así pues, no leemos para matar el tiempo, sino para fecundarlo. Y esta verdad la he ratificado una vez más hoy cuando en tiempo de pandemia leer ha sido razón nutricia, soplo de vida fresca en tiempo detenido, actividad vivificadora que nos aferra a la vida y nos permite acariciar sueños y esperanzas.

Desde pequeño, primero; después como adolescente y joven; hoy como profesional y adulto, sostengo que tenemos los cubanos muchas razones para leer; que no hay ni habrá nunca -¡nunca!- una única razón para ir al encuentro gozoso y placentero del libro y la lectura. Leemos por muy variados motivos y, sobre todo, porque desde la literatura estaremos recibiendo siempre un saber mirar, un saber escuchar y un peculiar modo de sentir y de asumir la vida. La literatura nos enseña a cada paso, a cada página leída aquello que primero como estudiantes y después como maestros, hemos leído una y mil veces en la famosa

obra de *Antoine de Saint-Exupéry*: «No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos».⁴

Leemos también para viajar, para conocer otros muchos mundos posibles; y eso que puede tener sabor a tópico, lo sabemos muy bien los que somos hijos de la levedad de la isla, pues en no pocos casos leemos para viajar porque somos, a cualquier edad, ciudadanos del mundo y acumulamos hambre de mundo.

Leemos porque nos sobran o nos faltan fronteras que debemos derribar; y porque siempre -o casi siempre- vivimos cercados por las fronteras que nos imponen nuestros límites (geográficos, culturales, ideológicos) y también, sobre todo, por aquellas otras muchas que nos creamos nosotros mismos.

4

Para los cubanos todos, particularmente desde la década del noventa cuando arreció más el llamado Período Especial y las limitaciones materiales nos cercaron y acorralaron como a pocos países del mundo, la lectura ha sido una vía de escape para aliviar el agónico vivir cotidiano, y así también vuelve a serlo hoy, cuando sentimos todo el angustioso peso del confinamiento al que nos ha obligado la pandemia del SARS-CoV-2. En momentos como estos ella se nos muestra generosamente complaciente desde sus más variados rostros.

Así, en estos días que se suceden lenta y monótonamente detenidos, confirmo una vez más que leemos para huir del virus mortal, sin rostro, que nos asecha en cualquier esquina, como también leemos para soñar, para sentir, para emocionarnos y reír o llorar y crecer con la historia de otros muchos en los que nos vemos reflejados. La lectura en momentos de crisis como estos exhibe humildemente uno de sus rostros menos divulgado: el de la resiliencia. Por eso, leo yo y leemos muchos en Cuba y en el mundo, para dejarnos acariciar por las palabras y saborearlas y maravillarnos con ellas, tal y como lo han hecho hasta hoy cientos de maestros y maestras de las escuelas de mi país; o como lo hacen madres y abuelas, cuando asisten a la feria para comprarles a sus hijos y nietos este o aquel otro libro y leérselos, creándose así un contexto de mágica unión entre quien lee y quien escucha. Porque leer es también compartir; es ir al encuentro de muy diversas experiencias enriquecedoras de nuestras propias subjetividades. Es posibilidad infinita de encuentro con el otro y los otros que habitan este mundo que hoy agoniza con la pandemia.

Por todo ello hago míos aquellos versos del poeta español Álvaro Salvador, quien reflexiona sobre el valor curador de la poesía cuando nos dice:

«¿La poesía nos salva?
¿Nos consuela el poema?
¿Divierten las palabras
que con palabras juegan?
[...] [...] [...]
¡Levantad este mundo
con carne de poema!»⁵

⁴ Antoine de Saint-Exupéry. **El principito**. Editorial Gente Nueva. La Habana. 1989.

⁵ Álvaro Salvador. **Un cielo sin salida**. Fundación José Manuel Lara. Vandalia. Sevilla. España. 2020.

Y en efecto, la palabra poética me ha servido en los momentos difíciles -y me sirve hoy-, cuando tanto tiempo detenido por el confinamiento al que nos obliga la pandemia nos aplasta y desequilibra, para ratificar que a su amparo podemos recuperar el niño que fuimos y que somos; y que con ella y desde ella podemos descubrir las estrellas que brillan en el fondo de un aljibe que solloza. Por eso, la íntima vocación de esa palabra es la ofrenda y su designio último, la epifanía.

Y desde estos días de pandemia con tantas -¡tantísimas!- horas detenidas; y desde estos días detenidos, que se suceden iguales, rescato yo la imagen de la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, y la leo desde mis recuerdos como centinela alerta del tiempo, guardián milenario del nacimiento de mi tierra desde las profundas y cálidas aguas del Caribe, convertido por la afluencia de personas en un enorme enjambre, desde donde bulle y rebulle la vida al son de la lectura compartida y repartida en carpas, naves, parques...

Y también se apodera de mí la incertidumbre, la tristeza y la duda: ¿volverán esos días de feria, de lectura regalo, de ver cómo cientos de personas atraviesan el viejo puente de la fortaleza para ir al encuentro del libro y la literatura? Quizás la llamada *nueva normalidad* que nos impone el SARS-CoV-2 nos obligará a buscar otras formas de celebrar esa fiesta de la lectura, del libro y la literatura. Quizás a partir de ahora tendrá que ser un encuentro mucho más virtual con el protagonismo de las redes sociales, con muy pocas actividades presenciales y con una afluencia limitada de personas, todas cubiertas con las mascarillas -nasobucos como decimos aquí- y preferiblemente celebradas al aire libre. Quizás las presentaciones de libros sean por videoconferencias vistas desde grandes pantallas en los amplios y libres espacios naturales que rodean a San Carlos de la Cabaña, al sol y acariciados por la fresca brisa del mar que la circunda y con un pequeño aforo de selectas personas guardando el riguroso distanciamiento social. Y quizás solo en la lectura podamos recuperar los abrazos que el nuevo virus nos quita.

Pero sobre todo, leo yo hoy como cubano -como lo hacen muchos otros desde el confinamiento que nos ha impuesto la pandemia- porque ante tanta lágrima vertida, ante ese estar desafortunadamente solos en mitad del dolor del mundo, está el porqué de la poesía, el motivo y la necesidad del verso, su destino más secreto, tal y como lo profetizó Pablo Neruda cuando escribió:

«¿Para qué sirven los versos si no es para esa noche en que un puñal amargo nos averigua, para ese día, para ese crepúsculo, para ese rincón roto donde el golpeado corazón del hombre se dispone a morir?»⁶

Y es que por estos días de temores ante la epidemia la lectura reaparece como acto de resistencia desde el cual preservamos nuestra integridad y nuestra salud espiritual.

⁶ Pablo Neruda. «Oda a Federico García Lorca», en **Antología Fundamental**. Fundación Pablo Neruda. Pehuén Editores. Imprenta Salesianos S. A. Chile. 2005. P. 64.

***¿Cómo, por qué y para qué leer, sobre todo en este tiempo de pandemia?,
vuelvo a preguntarme una y otra vez.***

Y nuevas razones vienen a mí para sustentar que con su ritmo y su belleza, con sus múltiples posibilidades de comprensión, con su poder evocador que se queda zumbando y restallando en los rincones más recónditos de nuestra memoria, la palabra poética nos devuelve el espíritu ignoto y prístino de la belleza como también nos eleva hasta lo cósmico o nos hace penetrar en lo telúrico para luego lanzarnos más allá del infinito. Es la palabra-hechizo. Palabra-conjuro. Palabra-memoria. Palabra-conciencia. Palabra en la que susurra la alegría y el dolor de los pueblos, de la humanidad entera. Palabra que derrama todo su peso, que nos entrega gota a gota toda su alma, su brillo, su sempiterna nostalgia.

6

Y en no pocas ocasiones leo yo y leemos todos para aprender inconscientemente que el goce de la lectura nace de la palabra-coqueta, puro divertimento, puro juego en el que se funden y refunden voces, y desde donde se reescriben razas, tierras, continentes, culturas... Así como puro juego evocando el valor lúdico de la palabra leemos poemas como este de nuestro Nicolás Guillén:

*«Hoy amaneció la luna
en el patio de mi casa;
de filo cayó en la tierra
y allí se quedó clavada.
Los muchachos la cogieron
para lavarle la cara,
y yo la traje esta noche
y te la puse en la almohada»⁷*

Sin embargo también es cierto que las más de las veces, la palabra poética es un *epos* y un *ethos* que se hace himno gigante en la garganta de los pueblos; se hace entonces palabra-símbolo que traspasa fronteras y reúne y convoca a la acción. Palabra-continente. Palabra-corazón. Palabra-lucha. Palabra vestida de sol que lanza su sombra y sus silencios misteriosos. Palabra que es aventura y se hace eterna canción de vida, de amor, de unión. *Palabra-espada que al envainarla en el sol, se rompe en alas.*

Pero también aprendemos leyendo –y ese mérito es de la escuela– que hay palabras que son como sombra fresca de un tinajero y su milagro cóncavo destila secreta humedades. O son como disparos de luz de aurora, que ayudan a forjar la paz en zonas de conflictos. O son una íntima vocación, ofrenda y designio para arriesgar la belleza y remontar los más profundos ríos de la reflexión. Cuando esto sucede se construye un discurso lírico sobre los desgarrones del alma, sobre los desarraigos y exilios a los que permanentemente están sometidos los seres humanos. Los cubanos sabemos de eso. Lo sabemos por nuestra historia diaria y también, ¿por qué no?, por la lectura literaria con que nos formamos en nuestro paso por la escuela.

⁷ Nicolás Guillén. **Poesías Completas**. Editorial Arte y Literatura. La Habana. 1975.

Pero las más de las veces la palabra poética me ha servido -y nos sirve, lo sabemos desde la escuela-, para aquilatar la vida. Cuando eso sucede, cuando logramos que la palabra sea puente tendido hacia la vida, cada vocablo adquiere un determinado sabor, un particular olor, un preciso sentido, tal y cual sucede al leer estos versos del poeta español Álvaro Salvador, cuando nos dice:

*«Alguien ronda mi vida
con sigilo,
de la casa a la noche,
del silencio al murmullo.
Alguien ronda mi vida.
No lo conozco.
Solo sé que sus ojos me siguen
cuando yo no los miro,
cuando yo no los siento.
Solo sé que sus pasos me acechan
cuando yo nos los oigo,
cuando yo no los veo.
Solo sé que sus pasos me siguen
atentos.
Alguien ronda mi vida
y no lo conozco»⁸*

Y es que en la lectura de esos versos que acabamos de leer se transparenta la vida que hoy llevamos porque *«ese alguien que nos ronda»* sin que podamos verlo, sin duda alguna puede ser este nuevo virus SARS-CoV-2 que ha entrado a nuestras vidas como flecha disparada con la máxima fuerza y fiereza posibles para hacernos saber que somos vulnerables, y que ante él nos podemos quebrar fácilmente, porque en realidad somos en extremo frágiles; por ello la urgente necesidad de cortar la cadena de contagio ha impuesto el distanciamiento social y el confinamiento de muchos en casa. Y al cabo de tantos y tantos días de clausura obligatoria, vamos presintiendo que a partir de ahora nada será igual que antes, en tanto también tendremos que aprender a convivir con el virus, pues requerimos volver a la tan ansiada normalidad; y es que somos, no lo olvidemos, seres sociales, “animales de costumbres” que necesitamos del contacto diario con los otros.

La reclusión en casa nos ha permitido tener un tiempo mayor para la reflexión detenida, profunda, sincera sobre nosotros mismos y sobre el mundo. Desde ella comprendemos que el ser humano se erigió en dueño y señor del mundo. Protagonista de una larga tradición en extremo positivista desde la cual concibió la Naturaleza como objeto que podía modificar a su antojo bajo el sello de la más rigurosa objetividad, se empoderó de la tierra y abusó en extremo de ella. Poco aprendió de las culturas antiguas: de la relación que con la Tierra mantienen muchas etnias originarias de esta nuestra América o de la que se establece con la Naturaleza desde las raíces mitológicas y culturales africanas. Hoy la Tierra se cobra esa relación tan despiadadamente abusiva y enferma ella misma; ha sido la

⁸ Álvaro Salvador. **Un cielo sin salida**. Fundación José Manuel Lara. Vandalia. Sevilla. España. 2020.

primera en hospedar un virus que ha contagiado ya a millones y millones de personas y se ha cobrado la vida de miles y miles de seres humanos en todo el planeta.

Olvidó el hombre las bendiciones de la obediencia de la que se habla en la Biblia cuando nos hacen saber que si guardamos y respetamos los decretos y mandamientos y si los ponemos en obras diariamente, *tendríamos entonces lluvia a su tiempo y la tierra rendiría sus productos y los árboles del campo darían sus mejores frutos; nuestras trillas alcanzarían la vendimia y la vendimia alcanzaría la sementera y podríamos comer hasta saciarnos del pan nuestro de cada día y habitaríamos seguros en la tierra*⁹; de no proceder así, dicen las sagradas escrituras, *la desobediencia tendría consecuencias nefastas: caería sobre nosotros el terror, la extenuación y las calenturas, y estos consumirían nuestros ojos y atormentarían nuestras almas; sembraríamos en vano las semillas y pasaríamos la gran hambruna*¹⁰; y la voz divina termina profetizando: «Y quebrantaré la soberbia de vuestro orgullo...»¹¹ Y el virus ha hecho suyas esas palabras, porque ha venido para quebrantar nuestro exceso de orgullo, de empoderamiento y soberbia, para hacernos saber que somos extremadamente frágiles y vulnerables, y que debemos bajar la cabeza en muestra de humildad.

Al hilo de estos razonamientos me viene a la memoria el recuerdo de algunos versos de ese poeta del dolor que fue –y lo sigue siendo– el peruano y universal César Vallejo cuando expresó:

*«Dios mío, y en esta noche sorda, oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la aventura,
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura»*¹²

Y es que como bien dijo este poeta en otros textos él *«medía y lloraba una frágil Creación»* cuando *la vida cae lentamente hasta dolernos*; y entonces, *«ni sabemos para quién es esta amargura»*¹³, tal y como nos pasa hoy, asaltados por este virus mortal que nos ha lanzado con toda su enorme fiereza a lo más hondo de un hueco desde el cual poco se vislumbra la salida.

En la fiesta de pentecostés, el papa Francisco recordó que *«el Espíritu Santo es un fuego que quema los pecados y crea hombres y mujeres nuevos. Es el fuego del Amor con que podremos incendiar el mundo»*. Y en este sentido encuentro yo una coincidencia entre el pensamiento del papa Francisco y el de nuestro Apóstol, José Martí, pues para este último *«La única verdad de esta vida y la única fuerza*

⁹ **La Santa Biblia**. Levítico 26 (Dt. 7. 12-24; 28. 1-14); páginas 128-129. Sociedades Bíblicas Unidas. México. 1960.

¹⁰ **La Santa Biblia**. Levítico 26 (Dt. 28. 15-68); página 129. Sociedades Bíblicas Unidas. México. 1960.

¹¹ **La Santa Biblia**. Levítico 26 (Dt. 28. 15-68); página 129. Sociedades Bíblicas Unidas. México. 1960.

¹² César Vallejo. «*Los dados eternos*», en **Obra Poética Completa**. Edición con facsímiles. Georgette de Vallejo y Francisco Moncloa Editores S.A. Lima. Perú. 1968. P. 122.

¹³ Parafraseamos aquí unos versos de César Vallejo tomados de **Obra Poética Completa**. Edición con facsímiles. Georgette de Vallejo y Francisco Moncloa Editores S.A. Lima. Perú. 1968

es el amor. En él está la salvación, y en él está el mundo». ¹⁴ Evidentemente entonces, percibo que el razonamiento del uno y del otro se inscribe en la mejor tradición cristiana y humanista de todos los tiempos, razón por la cual nuestro Héroe Nacional también aseveró que *«El amor no es más que la necesidad de la creencia: hay una fuerza secreta que anhela siempre algo que respetar y en qué creer...»*. ¹⁵ Y hoy, necesitamos apostar por ese triunfo del amor sincero desde el cual tal vez podría nacerle un nuevo corazón a la Tierra y al género humano. Necesitamos entre todos concebir esta utopía para luego asumirla y responsablemente hacerla realidad.

La paralización de la vida con el confinamiento ha provocado la suspensión de todo tipo de actividad entre las que caben destacar las del transporte (terrestre, marítimo, aéreo), las laborales en fábricas y empresas, las del mercado, las académicas en escuelas y universidades...; es como si la Tierra estuviera embelesada durmiendo una larga siesta; y al permanecer así, han dicho muy diversos medios de comunicación que en no pocas ciudades el aire ha vuelto a ser puro, que el confinamiento en los hogares ha dejado a pueblos y ciudades como vacíos y que se ha visto, cual en los cuentos de hadas, a los animales silvestres vagar libremente por sus calles; se cuenta, incluso, que tras la prolongada cuarentena por la *Covid-19*, cisnes, peces y delfines han vuelto a pasearse libremente por los lagos y mares. Y es que así como los árboles tienen la primavera en sus raíces y con las primeras lluvias revientan en retoño y flor; así, con el cese de toda actividad la Tierra se regocija y hace que la vida renazca más pura. De nuevo, entonces, viene a mi mente el pensamiento del más grande de los cubanos del siglo XIX, José Martí, pues para él *«el universo es analogía»*. ¹⁶

Ante este panorama desolador signado por tanta soledad y vulneración de la ley de la muerte digna para muchos ancianos y sus familias, a causa de la pandemia; ante el desgarrar de tantas despedidas sin abrazos y de tanto duelo inconcluso e inmerecido, creemos que *es urgente ponerle una voz a la esperanza*; una voz que nazca del amor, de la solidaridad, de la fraternidad plena entre los seres humanos; una voz que se alce desde la virtud y la bondad para que entre nosotros reinen el saber martiano que nos asiste al hacer realidad aquella máxima en la que reza: *«Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar»*. ¹⁷ De ahí el orgullo que sentimos en estos días al percibir con meridiana claridad lo hecho por nuestros científicos en los laboratorios médicos y también al ver el regreso de los médicos nuestros que prestaron sus servicios en Italia, pues tanto para unos como para otros *«...la virtud es solo el cumplimiento del deber...»*. ¹⁸ Al verlos de nuevo en nuestra patria y al escuchar cada día la información que en conferencia de prensa nos da el Dr. Durán, director nacional de epidemiología del Ministerio de Salud de Cuba, yo también he pensado como el Apóstol que *«Así, templado al fuego de la vida corriente, es el pueblo cubano»*. ¹⁹

¹⁴ José Martí. **Obras Completas**. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro. Tomo V. P. 21

¹⁵ José Martí. **Obras Completas**. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro. Tomo VI. P. 195

¹⁶ José Martí. **Obras Completas**. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro. Tomo XXVIII. P. 19.

¹⁷ José Martí. **Obras Completas**. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro. Tomo VI. P. 46.

¹⁸ José Martí. **Obras Completas**. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro. Tomo I. P.9.

¹⁹ José Martí. **Obras Completas**. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro. Tomo VI. P. 46

Y al hilo de estos razonamientos en tiempos de pandemia, cuando el peligro nos circunda y la angustia se agazapa en no pocos rincones de nuestro ser, ratifico una vez más que la lectura literaria se torna un refugio y viene en nuestro auxilio para servirnos de antídoto contra el estrés, a la par que mitiga la angustia que causa el confinamiento sostenido.

Durante este período el libro, la literatura y la lectura han sido el consuelo para mí y para no pocas personas en Cuba y en el mundo. Y es que en estos tiempos de *Covid-19* los libros y la lectura vuelven a ser símbolo de resistencia, porque leer sirve para cuestionar lo evidente, para interrogar lo establecido, para reflexionar sobre lo que nos acontece; y si esa lectura es de buenas obras literarias, entonces nos ayuda a escarbar hasta la raíz más profunda de la condición humana. Por eso, en medio de esta crisis epidemiológica comprendemos mejor que nunca que rodearse de buena literatura -leerla y releerla- es estar en medio de mucha gente que tiene cosas interesantes que decirnos; y que en esa comunicación *sui géneris* que con ellos mantenemos está parte de nuestra salvación, porque nos ayuda a mantenernos humanamente dignos.

Así, a muy diversas horas del día y de la noche he vuelto sobre la lectura de un grupo de obras que como profesor de Lengua y Literatura trabajé año tras año con mis estudiantes en las aulas; y he vuelto a ellas preguntándome por qué es necesario que continuemos leyéndolas, así como también qué nuevo tendrían que decirnos en circunstancias como estas. He intentado entonces nuevas lecturas a la luz del contexto mundial y nacional en que vivimos provocados por la pandemia causada por el *SARS-CoV-2*; y he encontrado nuevos puntos de mira en las historias de esos siempre viejos y nuevos libros.

Desde estas perspectivas volví sobre la historia de un personaje creado por Honorato de Balzac: la del viejo Goriot en la casa Vauquer; y he encontrado muchas similitudes con lo que ha pasado hoy en las residencias de ancianos en Europa y en otros muchos lugares de este mundo, porque como Goriot han sido muchos los ancianos que han muerto solos, sin la compañía de sus seres queridos, quienes allí los dejaron cuando más frágiles y vulnerables son ante la propia vida, cuando son indefensos, fáciles presas de la muerte.

Y releendo **Tartufo**, de *Molière*, he recordado mis años de estudiante de la carrera y mi encuentro con otras obras y sus respectivos personajes, salidos de la pluma de autores de obligada consulta; de ahí que haya ido al encuentro de *Peckniff*, personaje principal de una obra de *Dickens*, símbolo también de la hipocresía. Si Tartufo oculta su verdadero ser tras la máscara de la falsa devoción religiosa; *Peckniff* encubre el egoísmo más fiero y despiadado y la avaricia más espantosa tras frases de aparente simpatía y generosidad. Hoy que estamos a merced de tantas falsas noticias, de tanta información poco seria y rigurosa; hoy que la mentira se ha institucionalizado en el mundo y corre sin límites por las redes sociales, volver a encontrarnos con estos personajes es preciso y positivo porque nos ratifican la necesidad que tenemos los seres humanos de creer en algo como también la de dudar de lo que leemos, vemos o escuchamos, con lo cual corroboramos la necesidad de contrastar toda información que nos llegue para ver hasta qué punto es seria, rigurosa, verdadera.

Y en medio de esta *covivencia* –nuevo término que se ha acuñado con la pandemia– la incertidumbre, la inquietud, los temores se derraman dejando caer sobre nosotros, gota a gota, todo su angustioso peso. Por eso, entiendo mejor desde este contexto de vida en el que estamos inmersos la voz de un poeta como la del colombiano Porfirio Barba Jacob cuando decía:

*«Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonría.
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.*

*Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.*

*Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
-¡niñez en el crepúsculo!, ¡laguna de zafir!-
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.*

*Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de obscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.*

*Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.*

*Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto en el pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.*

*Mas hay también ¡oh Tierra! Un día... un día...
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables.
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!»²⁰*

Y descubro, dato curioso, que este poema está fechado en 1914 en La Habana. Hoy a 106 años de haberse escrito, bajo el influjo de la pandemia, vuelvo a él y su nueva lectura me permite descubrir, al dibujar los diversos estados de ánimo, no pocas coincidencias con los que nos pueden atravesar cuando en medio de una crisis como esta tenemos todo el tiempo del mundo y de pronto no sabemos qué hacer con él. Y también me llevan a corroborar que las palabras de la buena

²⁰ Porfirio Barba Jacob. **Cuadernillos de poesía**. Panamericana Editorial Ltda. Colombia. 2001. Pp. 21-22.

literatura son siempre necesarias y redentoras, puesto que si bien ellas no nos curan, sí nos pueden aliviar y salvar del tedio, del aburrimiento, de la grisitud de una vida detenida, porque siempre serán un antídoto contra la pérdida de lo mejor de la condición humana. También desde este sentido la lectura se practica en estos tiempos de *Covid-19* como acto de resistencia. Y como símbolo de la resistencia he vuelto a leer una novela perteneciente a lo mejor de la literatura mundial, particularmente de aquella conocida como infanto-juvenil, una obra escrita por la sueca María Gripe, quien en 1974 obtuviera el Premio *Hans Christian Andersen*, considerado el Nobel de la Literatura Infantil y Juvenil.

El personaje central, una niña llamada Loella, de tan solo doce años, vive sola en medio del bosque y a cargo de dos hermanos menores, pues sus padres se han ido y la han dejado sola. Su vida toda está marcada por la resistencia; y aunque en el pueblo la llaman “Malos pelos” por su revuelta cabellera que le cae como serpientes enroscadas sobre la espalda y por su mal carácter, es en realidad un ser humano excepcional, de muy buenos sentimientos, que tiene que crecer antes de tiempo y asumir con total responsabilidad a sus dos hermanos menores; ella es para ellos madre y padre a la vez; y aunque no le corresponde por su edad y por su condición de hija adolescente, lo cierto es que siempre estaba preocupada por su madre y replica en el espantapájaros que construye la imagen del padre ausente; le pone como nombre *Papá Pelerín* y le confiesa en acto de total madurez intelectual que: *«Los padres traen a los niños al mundo, pero yo te he hecho a ti, Papá Pelerín y... ¿sabes?... ahora me hubiera gustado haber tenido la oportunidad de hacer también a mamá.»*²¹

Por todo esto y mucho más, de la mano de Loella aprendemos lo beneficioso que puede ser el escuchar los sonidos de la vida, cosa que debemos aprovechar ahora que sobre la Tierra se ha paralizado toda actividad, así como también el que ratifiquemos, junto a ella, que lo más duro de soportar con este aislamiento social no es únicamente la soledad, aunque en verdad hay momentos en que ella cae sobre nosotros con todo su peso y nos perturba y trastoca; sino que lo peor es no tener nada que hacer respecto a lo que habitualmente estábamos acostumbrados.

Finalmente, leyendo y releendo esas obras que conforman nuestra biblioteca personal y profesional y concibiendo la lectura como un acto provechoso de instrucción, de placer y resistencia, ratifico que nadie puede darnos un día feliz si antes no lo hacemos nosotros mismos florecer desde lo más profundo de nuestra propia vida diaria. También la falta de abrazos y de cercanías me hace recordar la necesidad de encuentros y aquel poema de la matancera, orgullo de toda la nación, nuestra Carilda Oliver, en el que nos dice:

*«A veces va una por la calle, triste,
pidiendo que el canario no se muera
y apenas se da cuenta de que existe
un semáforo, el pan, la primavera.*

*A veces va una por la calle, sola,
-ay, no queriendo averiguar si espera-*

²¹ María Gripe. *La hija del Espantapájaros*. Colección El barco de Vapor. Ediciones SM. Madrid. 2010. P. 26.

*y el ruido de algún rostro que se inmola
nos pone a sollozar de otra manera.*

*A veces, por la calle, entretenida,
va una sin permiso de la vida,
con un hambre de todo casi fiera.*

*A veces, va una sí, desamparada,
como pudiendo enamorar la nada,
y el milagro aparece en una acera.»²²*

En fin, al hilo de estas reflexiones y de la práctica de la lectura en todos estos meses de confinamiento ratifico lo que ya sé desde la psicología o desde las neurociencias más actuales sobre el importante papel de la emoción en toda la actividad humana y particularmente en la actividad de enseñanza y de aprendizaje. Y es que no debemos olvidar que la palabra “emoción”, en su esencia, quiere decir “movimiento hacia fuera”, por lo cual está estrecha y directamente relacionada con los comportamientos de todos los seres vivos que les hace luchar, huir o esconderse para mantener su supervivencia y la de su especie, y en el particular caso de los seres humanos significa también comunicación a través del lenguaje emocional.

Desde estas perspectivas corroboro que las emociones también son el medio que permite hacer más sólido todo aquello que se aprende y memoriza. En el ser humano, además, las emociones son un poderoso mecanismo expresado de modo inconsciente a través de las palabras, ya sean habladas o escritas; de ahí el valor trascendental de ellas en el proceso de lectura que es ante todo y por encima de todo un proceso dinámico en el que cognición y emoción, raciocinio y sentimientos van de la mano, pues esa información que se procesa a través de la actividad lectora proyecta su significado, a través de sus redes neuronales específicas, a casi todas las áreas del cerebro, incluyendo, por supuesto, las redes neuronales que hacen posible las funciones cognitivas superiores del ser humano; es decir, la construcción de las ideas, el pensamiento, el lenguaje y el propio proceso de la lectura porque este es, ante todo y por encima de todo, establecimiento de relaciones, atribución permanente de significados y sentidos. De hecho, las palabras escritas, que a fin de cuentas son objetos sensoriales simbólicos, son procesadas por el cerebro del mismo modo que este procesa cualquier otra información y le atribuye significado y sentido.

Asimismo, desde estos razonamientos que venimos sosteniendo, entiendo mejor al escritor argentino Tomás Eloy Martínez para quien «*Somos los libros que hemos leído. O somos, de lo contrario, el vacío que la ausencia de libros ha abierto en nuestras vidas*»; así como también comprendo mucho más a William Faulkner cuando dijo: «*Lo que hace la literatura es lo mismo que una cerilla en medio de un campo en mitad de la noche. Una cerilla no ilumina apenas nada, pero nos permite ver cuanta oscuridad hay a su alrededor*».

²² Carilda Oliver Labra. «Poema I. Los encuentros», en **Antología de la poesía heroica y cósmica de Carilda Oliver Labra**. Frente de Afirmación Hispanista, A.C. México. 2002. P. 184.

Ojalá y en este tiempo de pandemia la lectura haya sido para muchos de nosotros esa cerilla que nos permita ver con claridad la urgente necesidad de un cambio radical en lo que somos, para evitar que dentro de poco la Tierra vuelva a dar positivo y otro nuevo virus se cobre la vida de otros muchos de nosotros. Todavía estamos a tiempo, creo yo. Todo depende de ti, de mí, de nosotros y de cuán humildemente descubramos el mensaje que con la pandemia nos está dando la Tierra. Ojalá y no sea demasiado tarde. ¡Ojalá!; porque duele tanto dolor. Duele ver cómo el virus ha empujado sin compasión alguna a la humanidad toda hacia un hueco en el que han caído tantos y tantos, golpeados sin compasión alguna. Duele ver también cómo a la enfermedad sobreviene el hambre, el desempleo y la falta de afectos por la desconexión de las relaciones sociales. Nunca antes se vio tanta muerte inmerecida, tanto cadáver sin el más sencillo ataúd y sin un lugar en el camposanto donde finalmente descansar en paz. En verdad, duele tanto dolor, tanta historia trunca, tanta ida sin un adiós, sin una mano querida a la cual aferrarse en el postrer momento en el que la vida nos abandona. Por eso, es hora ya de terminar con la tristeza y el húmedo concierto de lágrimas que ha traído esta pandemia y que ha esparcido por todo el universo. Es hora de cantar el *Himno de la alegría* para olvidar las soledades vividas, el sufrimiento y las angustias más lacerantes, los miedos y desasosiegos dejados por este virus invisible que ha venido a trastocar nuestra existencia y a impedirnos momentáneamente que podamos resolver con total éxito el *puzzle* en el que ha convertido el diario vivir. Juntemos pues nuestras voces para espantar como con un gran conjuro este virus y con regocijo decirle al mundo:

*«Escucha, hermano, la canción de la alegría;
el canto alegre del que espera un nuevo día.
¡Ven, canta, sueña cantando,
vive soñando el nuevo sol
en que los hombres
volverán a ser hermanos!*

*Si en tu camino solo existe la tristeza
y el llanto amargo
de la soledad completa;
¡ven, canta, sueña cantando,
vive soñando el nuevo sol
en que los hombres
volverán a ser hermanos!*

*Si es que no encuentras la alegría
en esta tierra;
¡búscala, hermano,
más allá de las estrellas!
¡Ven, canta, sueña cantando,
vive soñando el nuevo sol
en que los hombres
volverán a ser hermanos!»²³*

²³ Seguimos la versión *pop* que el cantante Miguel Ríos hizo en 1970 para su disco titulado «Despierta» y que ha sido ampliamente difundida y conocida por el público hispanohablante.

¡Ojalá y así sea! ¡Ojalá y hayamos aprendido pronto la lección! ¡Eso espero! ¡Eso esperamos todos los hombres y mujeres de buena voluntad en este mundo tan necesitado de humildad, de generosidad sin límites, de respeto y fraternidad, de Amor del grande y verdadero!

Y la lectura, sensible e inteligente, es ante todo –y por sobre todo– un acto de amor generoso, de amor humilde, de amor sabio. Nuestra escuela cubana sabe que los libros que leemos nos definen y nos conforman en lo que raigalmente somos; y en no pocas ocasiones y en no pocos casos, han sido y son, una tabla de salvación, un misterio que nos salva, los lugares desde donde poder acariciar las estrellas, tal y cual ha sucedido con ella en estos tiempos de pandemia.

Y ese es en mí –y en muchos cubanos me atrevo a sostener– el legado supremo que la lectura ha dejado: convertir la palabra contenida en los libros en un suave o duro golpe de llama en el cerebro y en leve aleteo de alas en el corazón. Esa es su mayor ganancia: el robustecimiento de nuestro discernimiento moral para poder enfrentar los cambios de la vida, o para sobrellevarla y ser a través de ella seres emancipados y resilientes, tal y como lo he aprendido yo leyendo y releendo los ensayos escritos por esa lectora inolvidable, maestra de maestros, que fue –y lo seguirá siendo– Beatriz Maggi. A ella y a otras dos grandes en estos avatares, Camila Henríquez Ureña y Vicentina Antuña, va mi eterno y humilde agradecimiento, porque de ellas he aprendido que la lectura de la mejor literatura de todos los tiempos nos emancipa y nos contamina permitiéndonos, agradecidos, nutrirnos y crecer como seres humanos.